



## SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRITI HOMILÍA

*¡Oh Sagrado Banquete, En que Cristo es nuestra comida. Se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da en prenda la gloria futura!*

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor Jesucristo, la fiesta de la Eucaristía. Nos reunimos en torno al Altar del Señor para celebrar y adorar el Misterio más grande al que el hombre puede asomarse, el misterio del amor de un Dios que ha querido quedarse entre nosotros, y ha querido quedarse en la forma más humana y más necesaria para nuestra humanidad, el alimento. En el pan y en el vino se hace presente el Señor, y por su gracia hace que la realidad del alimento humano ahora no sea más que la apariencia, porque después de las palabras pronunciadas por los labios sacerdotales, ya no son pan o vino, sino el Cuerpo y la Sangre del Señor. Es este el misterio que la fe nos dice, la Iglesia nos enseña y cada uno de nosotros puede experimentar en lo más profundo de su corazón. Basta acercarse al misterio, arrodillarse ante él y abrirse a la gracia, el Señor, presente en la Eucaristía, hace el resto, nos envuelve con su amor y nos hace gustar de lo más sabroso que el hombre puede saborear el don de la vida eterna.

1. La tradicional oración con las que he comenzado estas palabras, resume como pocas toda la fe de la Iglesia en la Eucaristía.

La eucaristía es banquete, un banquete al que somos invitados por el mismo Señor; cada domingo, cada día el Señor nos convoca para ponernos la mesa y servirnos. La mesa del Señor es mesa grande donde tienen asiento todos los pueblos, todos los hombres; de esta mesa no queda excluido ninguno, siempre que en su libertad y buena disposición quiera compartir el don grande del que se hace alimento para llegar a lo más profundo de lo que somos.

El pan y el vino son el signo de los bienes creados; todo es de Dios y es para el hombre, nos quiere decir la Eucaristía. Dios ha creado todas las cosas para nuestro servicio y hemos de servirnos de ella según el plan de Dios, en justicia y verdad. Cuando el hombre utiliza lo creado para su propio beneficio ignorando el fin para el que todo fue creado, destroza la misma creación y ofende al propio Creador; la ausencia de Dios y de su plan sobre la creación es el mayor atentado contra la esencia de la

humanidad; cuando Dios desaparece del horizonte del hombre, entonces somos menos humanos; entonces trabajamos, luchamos y procuramos nuestro propio beneficio, aún a costa del bien de los demás. El mundo, mesa grande, donde hay alimento para todos se convierte en la propiedad de unos pocos, al tiempo que muchos son excluidos de lo que también es suyo.

La mesa de la Eucaristía nos recuerda que los bienes del mundo son para todos, sin excepción; lo que ha sido creado es para el hombre por encima de su raza, condición o credo. En la mesa de la creación hay lugar para todos. Ahora nos toca repartirlos no como rivales sino como hermanos.

En la fiesta del Corpus Christi celebramos también el Día de la Caridad., este año con el lema, *“Una sociedad con valores es una sociedad con futuro”*. Como he escrito en la Carta con motivo de este día: *“Vivimos tiempos difíciles en la sociedad. Todos hablan y hacen diagnósticos sobre esta sociedad enferma, en crisis; no faltan tampoco las propuestas de solución para salir de este estado de pobreza que se extiende por la sociedad, desde las capas más bajas. Son menos los que les interesa llegar hasta las verdaderas causas de la situación, causas que sin duda son éticas. La sociedad vive una crisis ética que se ha manifestado en una dura crisis económica. Sencillamente, estamos así porque hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, y lo hemos hecho, porque nos han transmitido una imagen de hombre basada en el tener, en la comodidad, en la vida sin esfuerzos; de lo que se trataba era de gozar al precio que fuera. En definitiva, es la imagen del hombre que vive del presente, porque no tiene horizontes de trascendencias, luego lo que ha de hacer lo ha de hacer aquí, no existe mas que el aquí y el ahora”*.

Cáritas que es la Iglesia que sale al encuentro del hermano pobre y necesitado: *“está abierta para responder al grave reto que nos presenta la situación económica y social que estamos viviendo; nuestras puertas están y han de estar abiertas a acoger al hermano pobre y necesitado. Necesitamos que la caridad de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad se haga efectiva para paliar, en la medida de lo posible, a las primeras y urgentes necesidades de personas y familia que sufren con una dureza estremecedora esta situación”*.

2. Pero el pan material no es suficiente para que el hombre pueda vivir, el hombre necesita más; ninguna realidad creada puede satisfacer los anhelos del corazón humano. Necesitamos una comida que sacie el hambre que el hombre tiene de trascendencia, el alimento que lo introduzca en un horizonte más amplio que el que ven sus sentidos físicos. El hombre necesita a Dios, busca a Dios, tiene hambre de Dios.

Y he aquí, la Buena Noticia, el Evangelio de Jesucristo: Él mismo se nos da en alimento, Él se hace comida para saciar los anhelos de la humanidad; Él se inmola por nuestra salvación, por la salvación de todo el género humano.

Cristo es nuestra comida. El pan de la eucaristía es verdadero Cuerpo y el vino verdadera sangre. La eucaristía expresa el realismo del misterio de un Dios que se entrega a la humanidad sin medida y sin condiciones.

En la noche en que va a ser entregado, Jesús nos deja su testamento, su don precioso: *“Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”*, *“Este es el cáliz de la nueva alianza sellada con mi sangre”*. Nos entrega su Cuerpo, nos regala su Sangre, es decir, se nos da. Cristo es nuestro, es para nosotros. Por eso, como Cristo nos pertenece, nosotros le

pertenece a Él, porque la participación en sus ofrenda, el ser portadores de su presencia no sólo nos identifica con Él, sino que nos introduce en Él y en su Misterio; el mismo Señor lo ha dicho: “*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*”.

Así, como naturalmente asimilamos el alimento que comemos, así también asimilamos el alimento que es Cristo; pero no sólo eso, sino es Cristo el que nos asimila a Él, nos hace uno con Él; compartiendo Él nuestra humanidad nos hace a nosotros compartir su divinidad. En las palabras de San Agustín, “*cuando comulgamos con el Cuerpo de Cristo, comulgamos nuestro propio misterio*”, el de ser hombres.

La invitación de Cristo que hemos escuchado en el evangelio, “*Dadles vosotros de comer*”, es una invitación, mis queridos hermanos, a dar la eucaristía al mundo, a ser testigos y apóstoles de la eucaristía. Os invito a ser profetas del misterio eucarístico en medio de nuestro mundo. El crecimiento y la dignidad del culto eucarístico será el mejor, el único camino de renovación eclesial. En la medida que la eucaristía sea centro de nuestra vida y de nuestras comunidades cristianas, la iglesia se renovará a imagen del Señor y se hará creíble en medio del mundo. Hacer cristianos de profundas raíces eucarísticas es una apuesta por una Iglesia viva y fecunda.

Quiero expresar públicamente mi agradecimiento a los catequistas, tantos hombres y mujeres que transmiten la fe a los niños, adolescentes y jóvenes; no sois noticia para el mundo, pero sois los que posibilitáis el crecimiento de la fe que se ha de traducir en buenas obras de caridad. Os pido que transmitáis el amor a la Eucaristía, la necesidad de participar en la Santa Misa cada domingo, que introduzcáis a los niños y jóvenes en el don precioso de la Eucaristía. Hemos de hacer del mundo una gran Eucaristía.

3. En la eucaristía hacemos memoria de la Pascua del Señor; cada vez que celebramos la Santa Misa actualizamos la entrega de Cristo, su sacrificio redentor.

El memorial no es sólo recuerdo, sino actualización, es presencia real y verdadera de lo que celebramos. Jesús no vive en el recuerdo de los que somos sus discípulos, Jesús vive realmente. Lo que ocurrió en Jerusalén, en el Calvario, ocurre en cada lugar donde se celebra la eucaristía, siguiendo el encargo del Señor: “*Haced esto en memoria mía*”.

La celebración de la eucaristía no es una ocurrencia de los apóstoles, sino un mandato del Señor. Celebramos la eucaristía porque así lo quiere Cristo. El mismo apóstol nos ha dicho en la Carta a los Corintios que la eucaristía “*es una tradición que procede de Señor*”. Sin eucaristía no hay, por tanto, fidelidad al Señor; no hay Iglesia porque no hay presencia de Cristo.

Es la memoria del Señor hasta que vuelva; es la presencia de Cristo con el velo del Misterio necesario para nosotros que somos todavía caminantes hacia la Casa del Padre. El Señor volverá para hacernos gustar de la Pascua eterna del Cielo.

4. “*El alma se nos llena de gracia*”. No acudamos a la eucaristía pensando que le damos a Dios, o poniendo la celebración de la Santa Misa al servicio de nuestro estado de ánimo o nuestras apetencias en cada momento. Lo importantes es lo que Cristo nos da, experimentar como Él mismo se da.

La eucaristía es un caudal de gracia, es un tesoro de donde brotan todos los tesoros que el hombre ni puede imaginar; Dios es siempre más, y en la eucaristía se nos da siempre más. Cada vez que participo en la eucaristía, el Señor me transforma, me modela según su medida. La Eucaristía es forma de la vida cristiana.

Queridos niños que este año habéis hecho vuestra Primera Comunión, habéis recibido por primera vez a Jesús en vuestro corazón; también a vosotros quiero deciros que no olvidéis nunca que Jesús quiere ser vuestro amigo y por eso ha querido venir a vivir en vosotros. Jesús es el mejor amigo, no perdáis esa amistad. Cada domingo decid a vuestros padres que os lleven a la Misa, que tenéis que encontraros con el mejor amigo, el que os va a hacer crecer en gracia y en amor de Dios. No defraudéis al Señor.

5. La Eucaristía, queridos hermanos, es el Cielo en la tierra, porque todo lo que esperamos gustar un día en el cielo, lo tenemos ya en misterio en la Eucaristía.

En el misterio eucarístico, en la comunión, el Señor se adentra en nosotros para hacernos a su medida y darnos un corazón capaz de amar como el suyo.

Que la participación en la mesa de la eucaristía nos de un corazón grande para construir la gran mesa de una humanidad donde todos los hombres y mujeres del mundo sean partícipes de los bienes de la tierra, para serlo también un día de los bienes eternos.